

A stylized map of Cogua, Colombia, featuring a network of white roads and orange-hatched areas on a green background. A blue body of water is visible in the bottom right corner.

COGUA

**MEMORIAS
DE VISITA**



ANA MARÍA
LOZANO
ROCHA

Maestra en Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Colombia. Magistra en Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana. Se desempeña desde hace más de quince años como docente universitaria, actualmente vinculada a la Universidad Javeriana. En esta universidad lidera el proyecto para la creación de la Maestría Historia y Teoría de las Artes Modernas y Contemporáneas y es Editora General de la Revista Cuadernos de Música, Artes Visuales y Escénicas. En la Universidad del Tolima es profesora especial.

COGUA

Al bajar de la camioneta el frío se sintió. Nos acomodamos las chaquetas y bufandas, preparándonos con calma para la subida. Hacia adelante se marcaba el sendero, allí donde la vegetación tenía un color un poco distinto. Del grupo surgían risas y conversaciones animadas. Para la mayoría de nosotros la propuesta de conocer un municipio del que no habíamos oído nada antes y hacer trabajo fotográfico había sido seductora. Ahora, mientras iniciábamos el ascenso, el guardabosques nos narraba la historia de esa montaña, nos dejaba intuir el gran esfuerzo político y ambientalista que se adivinaba detrás de esa reserva natural. Mientras ascendíamos, dejábamos atrás la vegetación foránea.

En este momento en el país se está disputando una legislación determinante. El Instituto von Humboldt es el ente encargado de demarcar en qué lugar tiene inicio el páramo y cual es su límite extremo hacia lo alto. Para ello, equipos de biólogos, ambientalistas y botánicos discuten si las marcas de esa frontera son botánicas, climáticas o topográficas. Determinar ese criterio es fundamental, dado que de ello dependen las políticas nacionales sobre el territorio. La definición de dónde inicia el páramo significa legislar hasta qué lugar está permitido llevar a cabo prácticas de agricultura, ganadería y de minería.

Y henos allí, un grupo de fotógrafos e investigadores ascendiendo por la montaña. El avance resultó lento pues cada cierto tiempo, uno de nosotros se detenía para capturar la neblina, los bordes de la montaña, para atestiguar las primeras presencias de frailejones. Los demás aprovechaban para hacer tomas, para acomodarse aquí o allá algo en su equipaje. Arriba, el filo de la montaña se escondía por momentos, al paso de la neblina.

Ganar altura en estos casos, es sentir con más fuerza el viento. Arriba, las condiciones son sumamente adversas para lograr capturas fotográficas, videográficas, o de sonido. Pero lo que se gana en experiencia, en conocimiento a través del cuerpo es inmenso. Es en buena medida una experiencia que tiene que ver con permitir al cuerpo expresarse tanto como que el territorio se exprese en él. Así, ese caminar tiene que ver con sentir los embates del viento contra la verticalidad del cuerpo, percibir los aromas de las plantas, los cantos de las aves y los distintos colores de la vegetación. En la marcha se siente el cuerpo adaptarse, doblarse, perder y recobrar el equilibrio. Los pies se van adaptando a las ondulaciones y accidentes del terreno, a lo impredecible que es el próximo paso. Por ello, ese caminar supone estar en el aquí y el ahora, en cada paso, en cada pendiente.

El caminar por opción, no por necesidad entra en la historia de Occidente con el Romanticismo en el cierre del siglo XVIII y los inicios del siglo XIX. Los ingleses, grandes promotores de esta práctica, acuñaron el verbo Saunter que significa un caminar pensativo. Pienso que esa noción tiene profundas resonancias con las prácticas del caminar presentes en los pueblos de la Sierra Nevada de Santa Marta. Ellos agregarían que ese caminar pensativo permite una articulación con el mundo espiritual.

La actividad del fotógrafo de naturaleza es quizás hoy, una de las pocas que implica caminar, buscar, ir sin rumbo claro por un espacio, tomarse tiempo, demorarse. Ese día, ascendiendo por la montaña, contemplábamos, percibíamos, sentíamos. La jornada implicó en alguna medida, hacerse parte del entorno y del instante; llevar a cabo una suerte de re descubrimiento del espacio y del tiempo. Por unas horas dejamos atrás al Homo Sedens, criatura del mundo tecnológico y neoliberal, para abordar otro lugar desde el cual aun hoy se puede ser y estar en el mundo, entendiendo así el caminar como una práctica sorprendente, inusual, no agresiva, reflexiva y, sí, por qué no decirlo, de resistencia.